

VICTORINO PÉREZ PRIETO

Victorino es un peregrino. Nace literalmente al pie del camino de Santiago, en Hospital de Orbigo, allí donde los caminantes eran acogidos para poder seguir su camino. Un buen día, sus padres caminaron a Galicia y Tori, iluminado por las estrellas de la Vía Láctea, se hizo gallego.

Que Victorino es hijo del Camino se descubre en su condición de itinerante, persona siempre dispuesta a salvar distancias, hombre que obedece a la voz del teléfono con tal de conectar con un amigo o de conquistar una idea. De su movilidad tenemos constancia sus amigos, que nos vemos sorprendidos por la dimensión oculta de este caminante: su capacidad de sentarse, para la reflexión, de la que es testigo su entrega a las lecturas y al saber teológico y humanista que va entregando por la Galicia que el asumió como su pueblo y por el mundo entero.

De lo que estamos diciendo es buena noticia el número de conferencias con las que va sembrando galleguidad cristiana por Galicia, cultura y teología, también fuera de Galicia. Y también el manejo de libros que ha ido publicando; la mayoría sobre el hecho religioso gallego, sobre los gallegos cristianos y los cristianos que queremos ser buenos gallegos: *A xeración Nós. Galeguismo e relixión* (1988), *Galegos e cristiáns* (1994), *Cristiáns e galeguistas. Deus fratresque Gallaeciae* (1995). Sin olvidar esa inteligente incursión teológica en el mundo de la ecología, en su último libro ciertamente atinado: *Do teu verdor cinguido. Ecoloxismo e cristianismo* (1997). Y ya tiene en la imprenta un nuevo libro, fruto de su generosidad, analizando las "Romaxes de Crentes Galegos" en el contexto renovador de la Iglesia gallega.

Buena muestra de la síntesis entre el hombre de ruta y el estudioso del sillón es una de sus obras más esperanzadoras: la creación de la revista *Irimia*, que hasta que él la cogió en sus manos como primer director, era solamente un ente de razón que habitaba en varias cabezas y que estaba a punto de morir antes de nacer. Tori la resucitó antes de nacer y capitaneó un grupo en la comarca luguesa de Abadín, que la fue haciendo durante doce años y cuatrocientos números.

Pero la pluma de Victorino no para. Con habilidad del cronista de acontecer y creación de escritor reflexivo, se ha hecho presente y sigue haciéndose en diversas revistas de ámbito estatal (*Alandar*, *Vida Nueva*, etc.), y, por supuesto, en publicaciones gallegas como *Irimia*, *Encrucillada*, *A Nosa Terra...* o periódicos como *El Progreso* o *La Voz de Galicia*.

Pero Victorino es, sobre todo un párroco; es decir, una persona enraizada en una experiencia de atención a las personas y la creación de comunidades cristianas. Seguramente del contacto con los campesinos y marineros antes, y ahora con la gente del suburbio ferrolano, bebe sabiduría pastoral y practica el aterrizaje de tantas ideas, de tamaño itinerancia.

De su talante humano habla su cordialidad, la ausencia de rencor, su hacer bueno y generoso, siempre dispuesto a la militancia oral o escrita, y al compromiso con los más débiles y explotados, el sentido de la amistad e incluso su ánimo apasionado, que lo lleva a tener un sentido crítico del que no escapan jerarcas ni intelectuales.

Comenzamos hablando del Caminante. Tendríamos que concluir evocando al Navegante, el mayor *clérigus electrónico* que voga por las aguas de la comunicación electrónica de Internet y que lo hace un gallego universal y un hombre al día. Bien seguro que Victorino es hoy la persona más y mejor informada en Galicia sobre la singladura de esa Barca de Pedro, a la que se siente profunda y emocionalmente muy vinculado. Porque Victorino es, sobre todo un hombre de Iglesia.

Xosé Chao Rego. A Coruña, Marzo de 1998